

*Comentarios
sobre la guerra de
Hispania*



Cayo Julio César

El libro «De bello Hispaniensi» (que significa «sobre la guerra de Hispania» en latín) es parte del corpus cesariano. Se dijo que lo escribió Julio César pero actualmente esta autoría es muy discutida. Detalla las campañas de César en la península ibérica.

Aunque los estudiosos no se ponen de acuerdo sobre cuánto de esta obra es de César, lo que parece indudable es que se basó (aquellas partes que no fueron directamente escritas por él), en los apuntes y notas del autor romano.

La obra fue publicada el 50 a. C. o el 40 a. C.

Libro I

I. Vencido Farnaces y reconquistada el África, los que escaparon de aquellas derrotas entraron en España con Cn. Pompeyo el mozo, el cual apoderado de la provincia Ulterior, mientras César se detenía repartiendo premios en Italia, empezó a encomendarse a la fidelidad de algunas ciudades, para adquirir más fácilmente tropas con que hacer resistencia. Habiendo, pues, juntado un mediano ejército, parte por ruegos y parte por fuerza, se dio a destruir la provincia. En este estado unas ciudades le enviaban socorros voluntariamente, otras por el contrario le cerraban las puertas. De las cuales si tomaba algunas por fuerza y en ellas encontraba algún ciudadano que hubiese hecho buenos servicios a su padre Cn. Pompeyo, y fuese hombre rico, al instante se le forjaba una causa para quitarle del medio y hacer a su riqueza presa de malvados. Ganando a sus contrarios con algunos provechos de esta clase, cada día se aumentaban más sus tropas; y por lo mismo las ciudades opuestas pedían con continuos correos a la Italia que se acudiese a su socorro.

II. Siendo César dictador tercera vez, y nombrado de nuevo para el año siguiente, después de tantas expediciones, habiendo venido a concluir la guerra de España, salieron a recibirle unos diputados de Córdoba; que habían abandonado la facción de Pompeyo; los cuales le dijeron que aquella misma noche se podría tomar la ciudad, por-

que aún no sabían sus contrarios que él estaba en la provincia, y habían sido sorprendidos los correos que Pompeyo tenía dispuestos por varias partes para que le avisasen de su venida. Además de éstas le propusieron también otras cosas verosímiles, movido de las cuales hizo saber su llegada a Q. Pedio y a Q. Fabio Máximo, sus lugartenientes, a quienes había dejado el mando de las tropas, con orden de que le enviasen las de a caballo que hubiesen levantado en la provincia; pero vino a incorporarse con ellos más presto de lo que pensaban, y así no tuvo como deseaba la escolta de la caballería.

III. Estaba a la sazón Sexto, hermano de Cn. Pompeyo, con guarnición en Córdoba, que pasaba por capital de la provincia, y Cn. Pompeyo se ocupaba ya hacía algunos meses en el cerco de Montemayor. Luego que se supo aquí la llegada de César, salieron diputados, burlando las centinelas de Pompeyo, a suplicarle que los socorriese cuanto antes le fuese posible. César, sabiendo que aquella ciudad había servido con mucha lealtad en todos tiempos al Pueblo Romano, mandó a cosa de las nueve de la noche partiesen seis cohortes con igual número de gente de a caballo, a los cuales dio por cabo un oficial conocido en la provincia y muy inteligente, llamado J. Junio Pacieco. Llegó éste con las tropas al campo de Pompeyo, a tiempo que se levantó una gran tempestad, con tan furioso viento, que impedía el verse unos a otros, y aun el conocer cada uno al que iba a su lado. Esta misma incomodidad les fue muy provechosa, porque cuando llegaron, mandó Pacieco que marchasen los caballos de dos en dos, enderezándose derechamente a la ciudad por medio del campo enemigo. Mas como algunos de los cuerpos de guardia les preguntasen quiénes eran, uno de los nuestros les respondió que callasen, que importaba acercarse a la muralla para sorprender la ciudad. Así las centinelas, parte impedidas por la

tempestad, no podían observar con atención, parte se aquietaban con esta respuesta. En llegando a las puertas, hicieron una seña, con que fueron introducidos por los ciudadanos. Entonces levantando el grito la infantería y caballería, y dejando parte de los suyos en puestos convenientes, hicieron una salida a los reales contrarios, que como les cogió de sobresalto, se creyeron todos perdidos.

IV. Enviada esta guarnición a Montemayor, para apartar César de este sitio a Pompeyo, dirigió sus pasos a Córdoba. Destacó sobre la marcha con la caballería una partida de gente esforzada de las legiones, los cuales, cuando estuvieron a la vista de la ciudad, se pusieron a las ancas de los caballos. Esto no lo podían advertir los cordobeses. Y así cuando los vieron llegar cerca, salió un número considerable de la ciudad con resolución de deshacer aquella banda de a caballo. En esto echaron pie a tierra los legionarios que dije, y los atacaron con tanta furia, que de una multitud casi innumerable, volvieron muy pocos a la plaza. Conmovido Sexto Pompeyo de esta desgracia, escribió a su hermano que viniese con prontitud a socorrerle, no fuese que tomase César a Córdoba antes de que él llegase. En vista de esta carta de su hermano, Cn. Pompeyo, estando ya a punto de tomar a Montemayor, levantó el cerco, y tomó con sus tropas la vuelta de Córdoba.

V. Habiendo llegado César al Guadalquivir, y no pudiendo vadearle por su profundidad, hizo echar en él unos grandes cestos llenos de piedras, sobre los cuales construyó un puente de dos filas de gruesas vigas, que enlazadas tomaban desde el principio del puente hasta el otro cabo de la parte de la ciudad, y así pasó el ejército en tres veces. Pompeyo vino con sus tropas al mismo paraje y acampó enfrente de él. César, para quitarle la comunicación de la

ciudad y cortarle los víveres, hizo levantar una trinchera desde su campo hasta el puente. Lo mismo y con el mismo designio hizo Pompeyo. Aquí entró la disputa entre los dos generales, sobre quién ocuparía primero el puente, por lo que se trataban diariamente continuas escaramuzas, en que ya unos, ya otros quedaban superiores. Mas llegando a mayor empeño, vinieron unos y otros a las manos en sitio desigual; pues con cuanta más porfía pretendían ganar terreno, tanto más los estrechaba la inmediatez del puente, y con la misma estrechez, acercándose a la orilla del río, se precipitaban en él, donde no sólo morían unos sobre otros, sino que se hacían montones de cadáveres. Así estuvo César muchos días haciendo vivas diligencias por sacar a los enemigos a campo raso y dar cuanto antes fin a la guerra.

VI. Mas viendo que el enemigo no estaba de este parecer, aunque él le había apartado del camino para traerle a lo llano, pasó por la noche el río con sus tropas, mandando hacer grandes fuegos en el campo, y tomó la vuelta de Teba la vieja, que era una de las plazas más fuertes del enemigo. Avisado de esto Pompeyo por los desertores, hizo retirar aquel día muchos carros y ballestas que había dejado en el camino por ser embarazado y estrecho, y se entró en Córdoba. César empezó el sitio de Teba la vieja con atrincheramientos y líneas de circunvalación, de lo cual informado Pompeyo, partió aquel día de Córdoba. Adelantó César a su venida el apoderarse de muchos fuertes para su resguardo, parte donde pudiesen estar varios destacamentos de caballería, y parte donde asistiesen de día y de noche partidas de infantería para defensa de los reales. Sucedió casualmente que al llegar Pompeyo había una niebla muy espesa; de suerte que, al favor de aquella oscuridad, cercaron algunas de sus cohortes y escuadrones de caballos a las partidas de César, haciendo en ellas tal destrozo, que muy pocos salvaron las vidas.

VII. La noche siguiente dio Pompeyo fuego a su campo, y pasando el río Guadajos, fue a acampar, atravesando unos valles, en una eminencia entre las dos ciudades, Teba la vieja y Lucubis. César empezó a hacer manteletes y zarzos en sus fortificaciones y las demás obras pertenecientes al sitio de la plaza. Es el país montuoso, y propio por naturaleza para la guerra. El río Guadajos atraviesa por medio del llano, pero más cerca de Teba la vieja, que sólo dista de él como dos millas. Pompeyo mantenía su campo enfrente de la ciudad en las alturas a vista de las dos ciudades, sin atreverse a dar socorro a los cercados. Tenía consigo las águilas de trece legiones; mas en las que él ponía más confianza de su valor eran dos de la provincia que habían dejado a su capitán Trebonio, una formada de las colonias del país y otra de las de Afranio, que el mismo Pompeyo trajo consigo de África. Las demás se componían de tropas auxiliares de fugitivos; en orden a infantería y caballería eran muy superiores los nuestros, así en número como en valor.

VIII. Añadíase a esto el poder Pompeyo alargar más la guerra, por ser el terreno quebrado y montuoso, y por lo mismo, muy a propósito para formar un campamento bien fortificado y porque toda esta tierra de la España Ulterior es muy difícil de atacar, por su fecundidad y la mucha abundancia de aguas. Además de esto, todos los puestos desviados de las ciudades están defendidos de las incursiones repentinas de los bárbaros con torres y fortificaciones, cubiertas aquéllas, como en el África, no con teja, sino con argamasa, en las cuales tienen atalayas, desde donde por su grande elevación descubren mucha tierra. Fuera de esto, gran parte de las ciudades de esta provincia están resguardadas con los montes y situadas en muy ventajosos puestos, que las hace muy difíciles de atacar y entrar por fuerza.

De suerte que la misma naturaleza del terreno las defiende de los ataques y con dificultad se toman las ciudades de esta parte de España, como sucedió en esta guerra. Porque estando acampado Pompeyo entre las dos ciudades dichas, Tebas la vieja y Lucubis, y a la vista de entrambas, había a distancia de cuatro millas de su campo una eminencia situada ventajosamente, llamada el campo de Postumio, donde había levantado César un fuerte para poner en él guarnición.

IX. Pompeyo, que estaba cubierto con la misma eminencia, según la disposición del terreno bastante separada de los reales de César, conocía la ventaja de aquel puesto y creía que no se aventuraría César a enviar a él nuevo refuerzo, así por ser difícil, como por mediar el río Guadajos. Fiado en esta opinión, partió de su campo a medianoche a asaltar el fuerte, para libertar de este peligro a los sitiados. Viéndole acercar los nuestros levantaron de repente el grito y le dispararon una carga de dardos, con que le hirieron mucha gente. Lo cual hecho, puestos en defensa del fuerte, y despachado aviso a César a los reales mayores, salió éste con tres legiones, a cuya vista, como huyesen los enemigos atemorizados, murieron muchos, y muchos más quedaron prisioneros; otros abandonaron las armas, de los cuales se llevaron al campo ochenta escudos.

X. Al día siguiente llegó de Italia Arguecio con tropas de a caballo, trayendo consigo cinco banderas que había ganado a los saguntinos. No fue recibido con la mayor estimación, por haber llegado ya a César la caballería de Italia con Asprenas. Esta misma noche dio fuego Pompeyo a su campo y tomó la vuelta de Córdoba. Un rey llamado Indo, que había venido a acompañar a César con tropas de a pie y de a caballo, empeñado con demasiado ardor en perse-

guir al enemigo, fue preso y muerto por algunos legionarios del país.

XI. Al día siguiente siguió nuestra caballería bien lejos de la plaza, hasta cerca de Córdoba, a los que conducían víveres desde la ciudad a los reales de Pompeyo, de los cuales hicieron prisioneros cincuenta hombres con sus caballerías, y fueron conducidos al campo. Este mismo día se pasó a nosotros Q. Marcio, que servía de tribuno de los soldados a Pompeyo, y a eso de medianoche se trabó una recia batalla sobre la ciudad, desde donde echaban a los nuestros fuegos arrojados con mucha abundancia y con cuantas artes y medios se suelen disparar. Después se pasó a nuestro campo el caballero romano C. Fundanio.

XII. Al día siguiente hizo prisioneros nuestra caballería dos soldados de una de las legiones del país, los cuales dijeron que eran esclavos; pero entrando en el campo, fueron conocidos de los soldados que antes servían a las órdenes de Fabio y Pedio, y habían desamparado a Trebonio. No hubo medio de perdonarles, y así fueron muertos por nuestros soldados. Al mismo tiempo se cogieron unos correos enviados de Córdoba a Pompeyo, que vinieron a dar incautamente a nuestros reales, a quienes se cortaron las manos, y se les puso en libertad. A cosa de las nueve de la noche, siguiendo su costumbre, estuvieron largo tiempo los sitiados arrojando una multitud de fuegos y dardos, con que hirieron a muchos de los nuestros. Al alba hicieron una salida contra la legión sexta que estaba ocupada en la fortificación; pelearon con gran denuedo, pero contuvieron los nuestros su furia, aunque combatían los sitiados en puesto ventajoso. Así aunque intentaron la salida, rechazados por el valor de los nuestros, a pesar de la desigualdad del sitio, se retiraron muy heridos a la ciudad.

XIII. El día siguiente empezó Pompeyo a abrir una trinchera desde su campo al río Guadajos, y habiendo encontrado mayor número de los suyos a una partida nuestra de a caballo de guardia, la echaron del puesto y mataron tres soldados. Este mismo día A. Valgio, hijo de un senador, y que tenía otro hermano en el campo de Pompeyo, tomó un caballo y huyó, dejando todas sus cosas. Se apresó y dio muerte por nuestros soldados a un espía de la legión segunda de Pompeyo. A este tiempo dispararon de la plaza una bala en que venía escrito que se pondría a la vista un escudo el día que podrían acercarse a tomar la ciudad. Con esta esperanza, creyendo algunos que podrían escalar sin riesgo el muro y apoderarse de la plaza, empezaron al día siguiente a zapar el muro, y con efecto se derribó un gran pedazo del exterior. Sorprendidos en este hecho fueron conservados por los sitiados, como si fueran de su facción, y por ellos pedían la libertad para los legionarios y para aquéllos a quienes Pompeyo había destinado a la defensa de la plaza. César les respondió que estaba acostumbrado a dar la ley, no a recibirla. Vueltos a la ciudad con esta respuesta, levantaron el grito, dispararon todo género de armas arrojadas y se pusieron en defensa todos alrededor de la muralla, por lo que la mayor parte de los nuestros se persuadió a que harían aquel día alguna salida. Y así se dio un asalto general, en que se peleó por algún tiempo con mucho denuedo. Un tiro de ballesta disparado por los nuestros derribó una torre, en que perecieron cinco hombres que estaban dentro, y un muchacho que avisaba cuando funcionaba la ballesta.

XIV. Después de algún tiempo levantó Pompeyo un fuerte de la otra parte del río Guadajos, y no siendo estorbado por los nuestros, se dejó llevar de la falsa gloria de

haber ocupado un puesto casi en el recinto de nuestras líneas. Al día siguiente se adelantó un poco más, como solía, y llegando a un paraje donde estaba de guardia una partida nuestra de caballería, destacó algunos escuadrones con infantería ligera, que dieron de improviso sobre los nuestros, los desbarataron, y por su corto número y traer tropas ligeras, quedaron atropellados y deshechos entre sus centurias. Pasaba esto a la vista de uno y otro campo, y se iban ensobreciendo con arrogancia los pompeyanos, por haber empezado a seguir el alcance a algunos de los nuestros que iban huyendo; los cuales, llegando adonde fueron sostenidos por otras partidas nuestras, puestos en ademán de hacer frente, y levantando el grito, según su costumbre, no quisieron los enemigos aceptar la batalla.

XV. Sucede, por lo regular, en los ejércitos con los encuentros de a caballo, que cuando la caballería echa pie a tierra para pelear con la infantería, lleva aquélla lo peor; pues al contrario sucedió en el presente combate. Vino una tropa ligera y escogida para la acción a dar sobre nuestra caballería cuando menos lo pensaba y conocida la calidad de la gente, echaron pie a tierra muchos de los nuestros, de suerte que a poco tiempo peleaban los peones a caballo y los de a caballo a pie, llegando a combatirse hasta muy cerca de los atrincheramientos. En este choque murieron ciento veintitrés de los contrarios, muchos fueron despojados de las armas y no pocos obligados a refugiarse llenos de heridas a la plaza; de los nuestros murieron tres y quedaron heridos doce infantes y cinco caballos. En el mismo día, después de esta acción, se dio, como de ordinario, un asalto a la muralla. Después de haber arrojado a los nuestros, que no dejaban de resistirse con brío, una gran multitud de dardos y fuegos, cometieron los de Pompeyo una maldad horrible y abominable, pues empezaron a degollar a los huéspedes, que se hallaban en la ciudad, a vista

nuestra, y a echarlos del muro abajo como bárbaros, cosa sin ejemplar en la memoria de los hombres.

XVI. Al respirar el día enviaron los pompeyanos un correo a la plaza, sin que lo entendiesen los nuestros, para que aquella noche diesen fuego a las torres y trincheras, e hiciesen una salida a medianoche. Así que, disparando una inmensa multitud de dardos y fuegos, con que consumieron gran parte de la muralla, abrieron la puerta que estaba enfrente del campo de Pompeyo e hicieron todas las tropas una salida, sacando al mismo tiempo faginas para cegar los fosos y garfios de hierro para desbaratar y pegar fuego a las barracas de paja que habían hecho los nuestros por causa del frío. Trajeron, además, alhajas de plata y vestidos, para que mientras se ocupaban los nuestros en el pillaje, pudiesen deshacerlos y retirarse al campo de Pompeyo, el cual, pensando que saldrían con su intento, estuvo toda la noche formado en batalla de la otra parte del río. Mas aunque acometieron la acción sin saber nada los nuestros, con todo, animados de valor, los rechazaron y retiraron llenos de heridas otra vez a la plaza, se apoderaron de la presa y armas, y aún hicieron muchos prisioneros, que fueron muertos al otro día. Al mismo tiempo se pasó de la plaza un soldado, que dio noticia de que había salido Junio de una mina donde estaba, diciendo a voces, después de aquel destrozo de los ciudadanos, que habían caído en una grave y abominable maldad, que ningún delito habían cometido aquellos infelices, porque fuesen merecedores de aquel suplicio; pues los recibieron al abrigo de sus aras y hogares y ahora dejaban violado y manchado el derecho de hospitalidad; que al tenor de éstas había añadido otras razones, movidos de las cuales cesaron en aquella carnicería.

XVII. Al día siguiente vinieron al campo de César, como diputados de la guarnición, Tulio y Catón Lusitano, y tomando aquél la palabra, le habló en esta sustancia: «Ojalá hubieran dispuesto los dioses inmortales que fuera yo tu soldado y no de Cn. Pompeyo y que mostrase constancia en tu victoria y no en su desgracia, supuesto que sus funestos elogios han venido a parar a la triste suerte de que los ciudadanos romanos, faltos de todo socorro, seamos entregados como enemigos por desgracia de nuestra patria, no habiendo experimentado en sus prósperos sucesos aquella primera fortuna, ni alcanzado en su derrota alguna victoria favorable. Nosotros, que hemos resistido el valor de tus legiones, esperado día y noche en los reparos el corte de las espadas y el tiro de los dardos, vencidos y desamparados de Pompeyo, rendidos a tu valor, pedimos la vida a tu clemencia y te suplicamos te muestres en la rendición de tus ciudadanos cual te has mostrado a los extranjeros. —César le respondió—: Cual me he mostrado a los extranjeros, me mostraré en la rendición de los ciudadanos».

XVIII. Despedidos de César los diputados, no siguió Tiberio Tulo a Antonio que entraba, sino que volvió a la puerta y echó mano a un hombre. Viendo esto Antonio, sacó un puñal con que le hirió en una mano, y ambos se pasaron al campo de César. Al mismo tiempo se pasó un alférez de la legión primera y dijo que el día de la batalla ecuestre habían muerto treinta y cinco soldados de su bandera, pero que no se podía hablar palabra en el campo de Pompeyo, ni decir que faltaba alguno. Un siervo, cuyo señor se hallaba en el campo de César y había dejado en la ciudad a su mujer y un hijo, dio muerte a su señor y se pasó con secreto de los reales de César a los de Pompeyo, y disparó una bala con un escrito en que informaba a César de las prevenciones que se hacían para defensa de la plaza. Recibidos así algunos avisos, habiéndose entrado en la ciudad los

que con balas los enviaban, se pasaron dos hermanos portugueses, que contaron la plática que había tenido Pompeyo, es a saber, que supuesto que él no podía socorrer la plaza, se saliesen de noche sin ser vistos hacia la marina; y que habiendo uno de los presentes replicado que mejor era salir al campo de batalla, que dar señal de fuga, al punto se le dio muerte. A este tiempo se cogieron dos correos y César hizo tirar las cartas a los sitiados. A uno de ellos, que le pedía la vida, le mandó que pusiere fuego a una torre de madera de los sitiados, prometiéndole que si lo hacía le concedería cuanto le pidiese. Era muy difícil incendiarla sin riesgo. El... al tiempo de acercarse a la torre de madera fue muerto por los sitiados. Esta misma noche informó un desertor que Pompeyo y Labieno se habían indignado de la matanza ejecutada en los ciudadanos.

XIX. A eso de las nueve de la noche se abrió por el pie una de nuestras torres de madera por la multitud de dardos que la disparaban, hasta el segundo y tercer alto. Al mismo tiempo se trabó un recio choque junto a la muralla, e incendiaron los sitiados una torre nuestra, aprovechándose de un viento favorable. Al romper del día siguiente se arrojó del muro una matrona, y pasándose a nuestro campo, dijo que tenía resuelto pasarse con toda su familia, pero que toda ésta había sido presa y pasada por la espada. Poco tiempo después arrojaron del muro unas tablas en que estaba escrito esto: «L. Minucio a César. Si me concedes la vida, puesto que me ha desamparado Pompeyo, cual he sido para con él, tal me experimentarás hacia ti en el valor y constancia». Al mismo tiempo vinieron a César los mismos diputados de la plaza que antes, diciéndole, que si les hacía merced de las vidas le entregarían al día siguiente la ciudad. Respondióles que era César y cumpliría su palabra. A consecuencia de esto se rindió la plaza antes del 19 de febrero, y fue aclamado capitán general.

XX. Informado Pompeyo por algunos fugitivos de la rendición de la plaza, levantó su campo, y dirigiéndose a Lucubis, dispuso levantar fuertes en todos los alrededores y mantenerse dentro de sus reparos. En este tiempo se pasó por la mañana a nuestro campo un soldado de la legión del país y dijo que Pompeyo había convocado a los vecinos de Lucubis y les había dado orden de que averiguase con toda diligencia quiénes eran de su partido y quiénes favorecían las armas victoriosas de sus enemigos. A poco tiempo se encontró dentro de una mina, en la plaza tomada, al esclavo que dijimos había dado muerte a su señor, y fue quemado vivo. No mucho después se pasaron ocho centuriones de la legión del país, y nuestra caballería tuvo una escaramuza con la de los enemigos, en que murieron de las heridas algunos de la infantería ligera. Esta noche se cogieron tres esclavos espías, y un soldado de la legión del país: los siervos fueros ahorcados, y al soldado se le cortó la cabeza.

XXI. El día siguiente se pasó a nuestro campo una partida de caballos con alguna infantería ligera. Al mismo tiempo salieron once caballos enemigos a nuestros aguadores, mataron algunos y a otros hicieron prisioneros; pero de los caballos quedaron ocho prisioneros. El día siguiente mandó Pompeyo degollar setenta y cuatro personas, que se decía afectas al partido de César; a los demás hizo retirar a la plaza, de los cuales se escaparon ciento veinte al campo de César.

XXII. Después de este suceso los naturales de Osuna, que se hallaban en Teba la vieja, salieron como diputados en compañía de algunos de los nuestros, para dar cuenta de lo sucedido a los de su ciudad y hacerles reconocer lo